

En la casa del estudio

FERNANDO BÁRCENA

«Es maravilloso *estudiar*, es decir, meditar sobre palabras y cosas sobre las que aún no habíamos meditado nunca y asimilarlas; decirnos qué es lo que de ellas nos llama la atención; qué es lo que nos gustaría retener, anotarlas en el gran tesoro de nuestra experiencia - un tesoro carente de intenciones concretas - anotarlas de tal manera que quizá no volvamos a pensar nunca más en ellas. De este modo nos creamos el reino de nuestras propias aventuras y de nuestros propios hallazgos, y lo que dentro de este reino podamos encontrar por segunda vez tiene un carácter doble: es un hallazgo y al mismo tiempo un fragmento de nosotros mismos». ELÍAS CANETTI, *La provincia del hombre* (1942-1972).

1. Hay dos palabras principales en el título de esta breve conferencia: *casa* y *estudio*. «Casa» en griego se dice *oikos*, que también alude a la familia, a la hacienda y el patrimonio), todo lo cual constituye la comunidad humana básica, que es origen de la ciudad (*polis*). En latín, la palabra «estudio» se escribe *studium*, y significa *ardor*, *afán*, *dedicación*, incluso refiere el hecho de hacer algo por *amor*. Decidí hablar hoy aquí de la casa de estudio porque es precisamente en ella donde nos encontramos ahora. La universidad es la casa del estudio, el hogar del conocimiento o del saber, un lugar que tiene que ver con otra palabra griega (*skholé*), que se traduce como «escuela», y que significa «ocio» o «tiempo libre». La escuela es, desde su nacimiento en el mundo griego, un lugar situado a distancia de los usos habituales de las cosas tal y como se dan en los ritmos productivos y consumistas de la sociedad. Entendida como escuela, la universidad es el lugar donde se va a aprender junto a otros mediante el estudio. Y estudiar, que para muchos es un modo de vida, significa al menos tres cosas: leer, pensar y escribir. En la universidad, al estudiar (leer, pensar, escribir) se abre algo del mundo para que lo consideremos atentamente. El punto de partida en eso que llamamos escuela, en la forma escuela, en el hacer escuela, no es el alumno, sus proyectos, sus necesidades o sus opiniones, sino la cosa, el asunto, que se coloca entre profesores y alumnos (una materia escolar, por ejemplo), y que abre una

dimensión posible del mundo. Por eso se ha dicho (Hannah Arendt) que el fin de la escuela es introducir a los nuevos en el mundo en que van a vivir. Si tuviera que defender aquí una tesis, diría que el estudio es una forma de educación, o de autoeducación, que nos conecta con el pasado, que está repleto de novedades. Como las abejas, que liban de flor en flor para hacer su panal de miel, como alimento para la colmena, el estudioso se alimenta (liba, se nutre) de libro en libro, de lectura en lectura en la biblioteca para alimentar, con lo que produce como resultado de esa libación (de su estudiar), a otros. Pero hoy los libros han sido sustituidos por dispositivos electrónicos y es facilísimo encontrarse con «investigadores» que carecen de una biblioteca y que no son en absoluto estudiosos.

2. El estudio, o la actividad estudiosa, he dicho, es una *forma de vida* y es *cultura*. Cuando hablo de cultura me refiero no solo a la *cultura común* de una comunidad, que dota de sentido pertenencia e identidad a sus miembros; hablo de la cultura como algo que no crece espontáneamente, que debe cultivarse y, por lo tanto, estudiarse. El fin de la universidad no es otro que preservar y engrandecer el legado cultural y transmitirlo a las siguientes generaciones. Entendido así, el estudio nos permite adquirir una visión ética sobre nosotros mismos, sobre el mundo, sobre los otros. Nos enseña a vivir *como si* nuestras vidas tuviesen eco en la eternidad. Mediante el estudio, entendido como educación y como cultura, aprendemos a pensar, aprendemos a sentir, aprendemos a juzgar y a actuar como seres del mundo que somos entre otros, iguales y distintos a nosotros. Y aprendemos que lo que sentimos, aquello por lo que lloramos o nos lamentamos ya fue sentido antes y expresado con extraordinaria belleza en obras literarias y poéticas, como decía el hijo de Thomas Mann Klaus Mann en su novela *El volcán*. En esta novela, la joven Marion sale al escenario de un pequeño teatro parisino. Refugiados de la Alemania nazi viven en París y un grupo de amigos han ido a escuchar a Marion recitar poemas antiguos. Marion comienza recitando la oda «A la alegría», del poeta y filósofo alemán del siglo XVIII Friedrich Schiller. De pie, inmóvil, reprime sus gestos, y recita y recita: «*El brillo de su mirada en tan excesivo esfuerzo resultaba tan aterrador como fascinante*». Los versos fluyen, y la

voz de Marion logra extraer las notas más hermosas y sorprendentes: seduce, gruñe, gime, canta, llora, y los asistentes se preguntan cómo es posible que en una sola persona se reúnan tantas y tan distintas facetas y que conmueva hasta tal punto. En cada uno de los versos escogidos por Marion hay una referencia al presente, pero «*nunca resultó dogmática; clara siempre*». Y de repente...de repente, todos entienden: «*Los de la sala comprendieron: ni nuestras penas ni nuestras ideas son tan modernas y nuevas como solemos creer en nuestro entusiasmo primero. Otros ya las han sufrido y pensado antes, y han tenido que enfrentarse a los mismos problemas que nosotros. Sin embargo, sus ideas han dejado el gran legado de su sabiduría y su dolor convertido en arte*».

I. NOSTALGIA DE LA CASA

3. En la casa se está, o bien se busca. A veces, también se pierde. Una casa puede ser un hogar o un infierno. Y si ocurre esto último, nos buscamos otra. Si estamos fuera de nuestra casa, y nuestra casa es un hogar, la echamos de menos. Tenemos nostalgia de la casa, añoranza. Porque esa casa no es un mero edificio: es un hogar. El texto occidental fundador de ese sentimiento de nostalgia de la casa y de anhelo de regreso al hogar es la *Odisea* de Homero. A ese sentimiento de ausencia y lejanía, de privación y de pérdida de alguien o de algo muy queridos se le puede llamar «nostalgia», una palabra que deriva del griego *nostos* y que quiere decir «regreso». El término está relacionado con *álgos* que significa «dolor», palabra a su vez vinculada al verbo *alego*, que significa algo así como «estar preocupado», «cuidar» y «prestar atención». En su novela *La ignorancia*, el novelista checo Milan Kundera recuerda este sentido originario del término, destacando el significado de nostalgia como sufrimiento causado por imposibilidad de regresar, como le ocurre a Odiseo (Ulises), que sufre por tanto como le cuesta volver al hogar junto a su amada Penélope. Kundera introduce, además, un matiz interesante en esta palabra a partir de la etimología de la voz española «añoranza» (emparentada con la catalana *enyorar*) y que deriva de la latina *ignorare*, o

sea, «ignorar», «no saber algo». Según esto, la nostalgia equivale al «*dolor de la ignorancia*», como en el caso de quien está lejos de la persona amada y nada sabe ya de ella: solo puede recordarla. Por tanto, Odiseo «ignora», pues no sabe nada de su hogar, ni de Penélope ni de su hijo Telémaco, y por eso sufre. Penélope espera. Es la mujer de la espera, y mientras espera teje y desteje constantemente un manto fúnebre para su suegro Laertes. Lo hará a diario, para que el tiempo de la espera no le resulte insostenible. Y lo hará hasta que vea regresar a su amado Odiseo. Penélope teje y desteje. Repite una y otra vez el mismo gesto de tejer y destejer. Y Telémaco irá en busca de su padre, no se quedará encerrado en casa lamentándose. Ese repetir y repetir, volver a comenzar, hasta la fatiga, es un rasgo del estudio.

4. Voy ahora a introducir una breve reflexión filosófica sobre ese sentimiento de nostalgia, pero en relación con la filosofía. Me voy a servir de un filósofo alemán, Martin Heidegger. Heidegger dio un curso en el invierno de 1929-30 titulado *Los conceptos fundamentales de la Metafísica*, y al centrar su tema este filósofo cita un fragmento de un poeta alemán, que murió muy joven, el poeta romántico Novalis. El fragmento dice así: «*La filosofía es en realidad nostalgia, un impulso a estar en todas partes en casa*». Pues bien, Heidegger dice que la filosofía (aspiración al saber, a salir de la ignorancia) solo podría ser un impulso de este tipo si, de hecho, no estamos ya, o todavía no, en nuestra propia casa. ¿A qué se debe nuestra aflicción por no estar en casa?, se pregunta Heidegger. Para este filósofo, la frase «estar en todas partes en casa (*überall*)» no alude a un lugar concreto, sino a «un conjunto», a una «totalidad»: «*A este 'en conjunto' y a su totalidad los llamamos el mundo*». Por tanto, la nostalgia nos conduce o se refiere a ese conjunto, a esa totalidad que es el *mundo*. La casa es el mundo. El ser humano es un ser en el mundo. Nuestra existencia significa que somos seres en el mundo.
5. Entre el nacimiento y la muerte, entre el inicio y el término, el ser humano es un ser en el mundo y hace, en el mundo entendido como totalidad, su propio mundo. La vida humana consiste en nuestro existir. A la filósofa

alemana, alumna de Heidegger, Hannah Arendt, le parecía que muchas veces oponíamos la vida al mundo, o sea, que dábamos un valor excesivo a la vida por encima del mundo. Y por eso, una vez tuvo que escribir algo así como lo siguiente: *«He opuesto el mundo a la vida [...] porque vivimos en tiempos en los que se ha dado, y todavía se da, una enorme sobrevaloración de la segunda»*; *«No me considero hostil a la vida. Es algo magnífico, pero no es el bien supremo. Cada vez que se la contempla como el mayor de los bienes, se ve sacudida con gran rapidez. En nuestra sociedad se da un peligroso distanciamiento del mundo, que va acompañado de la terrible incapacidad de los seres humanos para amarlo»*.

6. Nostalgia de la casa como hogar, y del mundo que está destinado a ser estudiado. Esa nostalgia o añoranza es la que yo creo que algunos tenemos cuando percibimos que la universidad, como pienso que hoy acontece, ha dejado de ser esa casa, ese hogar del conocimiento, del saber, de la inteligencia. Cuando creemos que a ella vamos a aprender de cualquier manera, pero no, como creo yo que habría que hacerse, mediante el estudio. En la universidad no sois solamente alumnos: cuando entráis en el aula, os convertís en estudiantes. Estudiante es una categoría existencial y no una noción administrativa. Es un modo de ser, una forma de vivir.

II. ESTUDIAR Y APRENDER

7. Vamos ahora a hablar del estudio. Lo primero que salta a la vista es que en sus usos habituales es frecuente volver sinónimos el *estudio* y el *aprendizaje*. La palabra «aprendizaje» viene de *apprehendere*, que quiere decir «agarrar», «asir algo con la mano» o «prender». Igual que la palabra «comprender», «aprender» tiene que ver con «prender» y «apresar», con «prisión» y con «presa», con «depredación» y con «empresa». De ahí que resulte fácil, en estos tiempos, pensar al «aprendiz» como un «emprendedor» y como un «empresario» (de sí mismo), como alguien que

hace presa en alguna cosa para aprenderla (capturarla) y hacer empresa con ella. En cambio, la palabra «estudio» (*studium*) refiere términos como «aplicación, celo, ardor, diligencia» y a menudo posee el sentido de un «afecto» («gozar del afecto de alguien»). Tiene que ver con el «estupor», con la «estupefacción», con el *asombro*, el *pasmo*, la *admiración*. El estudio viene de la palabra *stupere* que significa algo así como quedarse inmóvil y quieto. Tiene que ver con la quietud. El estudioso y el estudiante son seres que han quedado estupefactos, pasmados, atónitos, admirados, seducidos...y quietos. Para estudiar hay que aprender a quedarse quietos.

8. En el aprender, el acento parece colocarse en el sujeto que aprende, mientras que en el estudio el énfasis se sitúa en el objeto, asunto o la materia estudiada. El aprendiz está en movimiento, a la caza y captura de algo. Se aprende para algo, en relación con algo, y en el aprender el sujeto busca «agarrar» su objeto, hacerse con él, dominarlo. Por el contrario, se estudia en virtud de un encantamiento, de una fascinación que está más allá de cualquier utilidad prevista. El estudioso es tomado, capturado, seducido por su objeto, y el «estudio» mismo se sostiene en un particular deseo: el deseo de estudiar (de saber, no el deseo de aprender). El estudioso no se sirve de aquello que estudia, sino que se desvive o se disuelve en lo estudiado, le dedica su vida, la gasta y la empeña, a costa incluso de otras cosas. En el estudio uno se detiene ante las cosas, ante el mundo, y las considera con calma y quietud.
9. Al establecer estas distinciones, no es mi pretensión despreciar la experiencia del aprender, sino subrayar algunos matices diferenciadores entre los términos que estamos explorando. Tan impropio sería pensar el estudio sin relación alguna con el aprender, como considerar la posibilidad de un aprender en ausencia del estudio. Una fórmula adecuada sería más bien: *aprender a través del estudio*. Ahora bien, si en el mundo griego antiguo aprender y estudiar estaban dotados de cierta textura existencial, en el discurso pedagógico contemporáneo el aprender es otra cosa, y el estudio una categoría cada vez más impensable. Pues en una sociedad como la actual, basada en la propiedad y el consumo, la

producción y la prisa, la noción de estudio ha sido reemplazada por la de un aprendizaje que no es más que un acto de «depredación». Mi amigo Jorge Larrosa lo dice así en estupendo libro *Esperando no se sabe qué*: «Los aprendices serían, en esa lógica, predadores, e incitar al aprendizaje sería algo así como excitar a la caza [...] Pero en la lógica de la caza esa apropiación se parece a un devorar». A diferencia de esto, el estudio es una participación inteligente en el mundo, que no busca ni apresarse ni depredarse, una relación con el mundo que no equivale a una servidumbre económica ni a mera supervivencia.

10. **¿Qué podemos extraer de todo esto?** Varias ideas importantes:

- A. Primero, el estudio no tiene que ver con el conocimiento del mundo, no es una cuestión epistemológica, sino con el mundo mismo (es un asunto ontológico).
- B. Segundo, el estudio no tiene que ver con una mentalidad adquisitiva, con un gesto de apropiación y de consumo, sino que está asociado a las nociones de preocupación, atención y cuidado (del mundo).
- C. Tercero, es lógico que, en una sociedad consumista y adquisitiva como la nuestra, el estudio sea un concepto cada vez más impensable y obsoleto, hasta el punto de que sea fácilmente reemplazable por la noción de aprendizaje, en el contexto de una auténtica *learnificación* del mundo.
- D. Cuarto, Si la distinción entre aprender y estudiar es una distinción importante y resulta tan interesante es porque en ella está en juego un modo de relación con el mundo muy particular, así como con el tiempo y con los otros. El mundo como un mundo *común*, que se mantiene como tal al hilo de las generaciones que se encuentran y conversan sobre él a través, en la escuela, de las materias escolares, leyendo, escribiendo, pensando, conversando. El tiempo como un tiempo *libre* y liberado de los ritmos consumistas, depredadores y productivos, es decir, el tiempo como tiempo libre, como el tiempo de los hombres libres, por así decir. Y los otros como aquellos con los que podemos seguir manteniendo, en el seno de la

relación pedagógica, un encuentro entre generaciones en la filiación del tiempo.

III. LA UNIVERSIDAD COMO LA CASA DEL ESTUDIO

11. Para acabar, algunas palabras sobre la *casa del estudio*. La casa, el hogar, que quizá hemos perdido en esta época, esa casa en relación con la cual algunos sentimos cierta nostalgia, cierta añoranza, ese dolor de la ignorancia a la que me he referido, se refiere a la casa del estudio. Ya dije que nuestra palabra «escuela» viene del término *skholé*, que se traduce al latín por *otium*, ocio o tiempo libre. En este sentido, la escuela separa dos tipos de tiempo: el *tiempo libre* y el *tiempo esclavo* o, si se quiere, el *tiempo productivo* (de trabajo) y el *tiempo liberado* de la producción y del trabajo. La escuela instituye un tiempo liberado en el que los que tienen tiempo pueden dedicarse a perder el tiempo, al puro placer de aprender mediante el estudio.

12. La escuela es el nombre de un tiempo (libre) y de un espacio (de separación), es un medio que no es productivo y que da al mundo o a alguna cosa del mundo el poder de hablarnos, de hacernos pensar, el poder de volvernos atentos. Como forma pedagógica, no como institución y organización, la escuela permite, a través del encuentro de profesores y estudiantes en las aulas que el mundo se abra a nuestra atención. Entendida como escuela, en la universidad el estudiante puede darse cuenta, entonces, que pertenece al mundo, no a una comunidad, una institución o una identidad particular. Así, en la escuela, y en la universidad como escuela y casa del estudio, en vez considerarnos como hijos o ciudadanos, se nos considera como escolares, o sea, como estudiantes y estudiosos (o, como decía Albert Camus en *El primer hombre*, como seres dignos de conocer el mundo).

13. La universidad nació como un grupo de personas dedicadas a un tipo de actividad particular, que en la Edad Media se llamaba *studium* y que nosotros podemos denominar *búsqueda del conocimiento*. En ella, académicos, profesores y estudiantes buscan ese conocimiento de una determinada manera, como una exploración a la vez individual y cooperativa a través de la conversación, la lectura y el pensamiento. Es en este sentido, insisto en esta idea, en el que la universidad es un hogar para conocimiento, un espacio en el que se prolonga la tradición del aprendizaje mediante el estudio y en el que se reúne todo lo necesario –como una biblioteca– para la búsqueda del saber. En este hogar se practica una conversación y en ella lo importante es la calidad de las voces que en ella participan. Al decir estas cosas tengo en mente a pensadores que me han influido y a los que aprecio, y cuyas obras me parecen importantes y dignas de ser consideradas. No tengo más nostalgia por el pasado que la necesaria, y si soy melancólico no me regocijo en mi propia melancolía, aunque no la rechace. Pero si considero las tentativas deliberadas por destruir lo que me parece que es el genuino espíritu universitario, uno que promueve un estilo de vida estudioso y que no desprecia la cultura ni la banaliza, y que trata de ofrecer la oportunidad a los más jóvenes para abrir sus mentes a nuevos e inquietantes mundos, mi melancolía inevitablemente se agudiza. Entonces sé que, como profesor, puedo tratar de hacer del espacio del aula donde enseño un oasis dedicado a la inteligencia, a la conversación cortés sobre las ideas, al conocimiento, a la verdad, a la cual podemos acceder por muchos caminos en el marco de la materia que, en mi caso, enseño amparado en la mencionada biblioteca, la lectura de cuyos libros me sirve de alimento y de aliento. Lo que soy capaz de alcanzar leyendo las obras de los más grandes es lo que después acerco a mis estudiantes y, lanzando flechas al azar, puedo imaginar que alguna de ellas alcance a alguno bajo la forma de algún efecto, que estrictamente le pertenece a él o a ella. No: no pretendo adoctrinar a los estudiantes cuando compongo un discurso tras largas horas de estudio y lectura, ni cuando les fuerzo a que presten atención al libro que estamos leyendo –a menudo en voz alta– y lo que deseo es que simplemente dejen

hablar al autor en lo que dice, en vez de empeñarse en bloquear su voz original con sus propias «opiniones personales», porque a un aula universitaria no se va a opinar sino a pensar y a aprender mediante el estudio.

14. La universidad pertenece a la sociedad, en la que está instalada, y lo difícil es que se mantenga leal a sí misma sin dejarse corromper volviéndose *servil*. Esta imagen de la universidad me complace, me reconozco en ella, y por eso me entristece sobremanera contemplar el escenario actual de las nuestras. Asiento a esa imagen de la universidad y digo que sí, que la universidad habrá dejado de existir cuando, como hoy acontece, la enseñanza se haya transformado en mera instrucción y cuando quienes acuden a ella no lleguen en busca de su destino intelectual, sino con una vitalidad inerte y exhausta.
15. En su oscuro y famoso poema, Parménides escribe que la diosa, en el inframundo, le dijo: *Yo hablaré, y de ti depende llevarte mis palabras una vez que las hayas oído*. Podemos imaginar lo que estas palabras significan: que Parménides regresará al mundo de la luz para, como un mediador, decir a los humanos lo que ha escuchado. En el mundo mitológico griego, se dice que el dios Apolo es el guardián del refugio donde van quienes, enfermos e inquietos, desean curarse de sus males. Allí, quienes desean curarse permanecen en la quietud, y los sacerdotes de esa guarida se ocupan de que la gente que allí va permanezca tranquila y a salvo. Pues bien, en esto consiste también nuestra más honda misión educativa: en ser mediadores y transmitir la palabra que, estudiando, hemos logrado conocer, y vigilar para quienes se educan y estudian en la quietud estén a salvo y tranquilos. No es cualquier cosa esa misión.
16. Termino. Es un final más o menos literario, pues ha sido la literatura la que a menudo me ha alimentado, me ha acompañado y me ha sosegado en los momentos de inquietud. Y ya adelanto que este final os resultará extraño, y en parte incomprensible. Tan solo imaginad a alguien dedicado durante mucho tiempo al estudio y tratar de escribir algo sobre la vida estudiantil.

Imaginarlo quizá cansado y sin saber a ciencia cierta qué es lo que en realidad ha venido haciendo, pensando, escribiendo. Tan solo imaginad:

«Es hora de marcharse. Las horas del día cayeron en cada una de las jornadas de estudio y escritura como finas gotas de lluvia. Declinó la luz y la tarde se hizo obvia y la noche casi negra. Las imágenes de la jornada se amontonaron en su cerebro y formaron un cuadro insólito, aunque reconocible. Los fantasmas se habían desvanecido, y los filósofos y los escritores y los poetas tomaron entonces de la mano al estudioso y le dijeron al oído, más despacio que nunca, quizá con mayor dulzura, pero con muchísima mayor gravedad, que todo ya había sido dicho y pensado, que todo estaba ya escrito, pero que tenía que volver a pensarlo de nuevo y recogerlo por sí mismo, pues ahora le correspondía a él intentarlo. Todo estaba allí. En el tiempo. Todo lo recordó. Se acumularon citas de los libros leídos, de las novelas, de los poemas, de los ensayos, de los libros de filosofía, y de las músicas antiguas. Lo recordó todo, sí, y volvió sobre ese río de palabras que durante tanto tiempo le había acompañado: *«Si llegaba a disponer de bastante tiempo para realizar mi obra, no dejaría de describir en primer lugar a los hombres, aunque con ello los hiciera parecer seres monstruosos, como ocupantes de un lugar tan considerable, junto al —tan limitado— que les está reservado en el espacio, un lugar, al contrario, prolongado, ya que tocan simultáneamente, como gigantes sumergidos en los años, épocas tan distantes, entre las cuales tantos días han ido a situarse...en el tiempo».*

Es el final de la *Recherche*, y también de su propia búsqueda en el tiempo; el tiempo que cae lento y se escapa; el tiempo que se esfuma y que deja sus marcas. Él era un hijo del tiempo. Todos lo somos. El cuaderno, en realidad muchos cuadernos, estaba terminado. Todo era bastante caótico y desordenado. Anotaciones, fragmentarias, citas, esbozos, reflexiones y pensamientos, meros atrevimientos filosóficos y literarios. Podría seguir emborronando cuadernos y más cuadernos, y sin duda lo seguiría haciendo, pero lo que había escrito debía ser concluido. Hay que aprender a despedirse; también en la escritura. Poner un punto final. ¿Puedo yo también llamar novela a este libro? ¿Acaso no es sino la cosecha de los

años transcurridos? ¿Qué es esto? ¿Qué he escrito? Entonces, el estudioso pensó que solo cuando la vida nos abandona en su flujo constante y quizá, a veces, intoxicante, y nos deja solos, con muchos recuerdos y algunos dolores, solo entonces descubrimos el sentido del arte, en su más elevada y humana expresión; el arte que nunca necesitó que el mundo tuviese aristas nítidas para desplegar sus alas y emprender su majestuoso vuelo. Es entonces cuando uno, en ausencia ya del ser amado que nos ha dejado, porque su tiempo ya se cumplió en esta Tierra, como hizo Isak Dinesen –que era danesa, pero que escribió en inglés por lealtad a su amante muerto–, aprendemos a escribir, a hablar y a pensar en la lengua de quien un día amamos tantísimo, pero con otras palabras, y al mismo tiempo en un lenguaje que ya no le es posible comprender. Seguramente es la mejor manera de despedirse. Hay que despedirse, poner un punto final. Y entonces le sobrevino el recuerdo, y eso supuso un inmenso consuelo, de una bellísima plegaria griega que había leído muchas veces en ese hermoso diálogo que es el *Fedro*: «Sócrates.- Oh querido Pan, y todos los otros dioses que aquí habitéis, concededme que llegue a ser bello por dentro, y todo lo que tengo por fuera se enlace en amistad con lo de dentro; que considere rico al sabio; que todo el dinero que tenga solo sea el que puede llevar y transportar consigo un hombre sensato y no otro. ¿Necesitamos de alguna otra cosa, Fedro? A mí me basta con lo que he pedido. *Fedro*. - Pide todo esto también para mí, ya que son comunes las cosas de los amigos. Sócrates.- Vayámonos». Sí, vayámonos».